



Juan E

[Follow](#)

Ouliadês Physikos. Estudié física teórica, después hice un doctorado en matemáticas, he fu...
Mar 25 · 7 min read

¿Existe el mundo?

La paradoja de Russell y «Por qué el mundo no existe»

Markus Gabriel (1980) es un joven filósofo alemán introductor del concepto de *nuevo realismo*. Su primera obra publicada en España se titula *Por qué el mundo no existe* (1). Título provocador, para una sociedad saturada que requiere de fuertes estímulos para reaccionar. En estas breves notas vamos a presentar la conexión que hay entre la tesis de Gabriel y la paradoja de Russell. La tesis de que el mundo no existe podría deducirse de la paradoja de Russell, y nos llama la atención que Gabriel no mencione al matemático y filósofo inglés. Dejo el análisis de la paradoja para el final, para los aficionados a la lógica, y presento primero la obra, destacando algunas ideas que me han parecido interesantes.

Por qué el mundo no existe se estructura en dos partes. En la primera parte, Gabriel presenta las bases de su pensamiento, las relaciona con las principales corrientes filosóficas y epistemológicas, y concluye con la idea de que «el mundo no existe». Que no existe el mundo significa que no hay un escenario que lo incluya todo, pues ese escenario onniabarcante, que sería el mundo, debería, para existir, aparecer a su vez en otro escenario, pues todo lo que existe tiene que aparecer en algún lugar. Pero ese escenario donde apareciera el mundo no formaría parte del mundo, por lo que llegamos a una contradicción, pues el mundo es el escenario de todos los escenarios. Con aparecer no nos referimos solo a un aparecer físico. Una idea o un hecho también aparecen, todo aparece en lo que Gabriel denominará «campo de sentido», como vernos más adelante.

Gabriel introduce de alguna manera unos conceptos y un lenguaje propios sobre los que construye su tesis. Y en ese sentido a veces podemos tener la sensación de estar ante un juego de palabras, como probablemente ocurra con el párrafo anterior. Pero la sensación es fugaz, pues una de las virtudes de Gabriel es, pese a la necesaria introducción de conceptos, la de tener los pies en la tierra y utilizar,

cuando es necesario, un lenguaje que se acerca más al cotidiano que a la filosofía académica.

Otra de las virtudes de Gabriel es que su obra no es un frío tratado sobre teoría del conocimiento, sobre cómo conocemos, sino que va más allá. En la segunda parte, una vez ha sentado las bases sobre la inexistencia del mundo, lleva su reflexión a la concepción científica del mundo, a la religión o al arte, y sitúa de manera muy atinada el valor de las distintas manifestaciones y críticas en torno a ellas. Que no es un frío libro de epistemología queda patente al leer reflexiones como esta, que aparece al final del libro y podría ser una de sus conclusiones principales:

La respuesta a la pregunta sobre el sentido de la vida está en el sentido mismo. El hecho de que haya infinitos sentidos que podemos reconocer y cambiar, ya es el sentido. O para decirlo en pocas palabras: el sentido de la vida es la vida, la confrontación con el sentido infinito en la que afortunadamente podemos participar.

Nos parece también muy acertada la crítica que Gabriel hace de la concepción científica del mundo, concepción que se basa «en una percepción distorsionada de la racionalidad». Erróneamente, el objeto de la física, el universo, se ha equiparado a la totalidad, a ese mundo que no existe, pero, dice Gabriel, «el ser humano y su comprensión del sentido no aparecen en el universo, solo los descubrimos aproximándonos al espíritu o al sentido con los medios de comunicación ordinarios». El espíritu ha de entenderse aquí como «el sentido», como «la dimensión del sentido de la comprensión humana», siguiendo la filosofía idealista del XIX.

Gabriel introduce en este contexto una cita de uno de los grandes pensadores del s. XX, Hans-Georg Gadamer, que escribió: «El ser que se puede entender es lenguaje» (2), idea de la que se sigue que la comprensión del mundo, y también del arte, «es de un tipo completamente diferente de nuestra comprensión de la naturaleza». El pensamiento no puede reducirse a estados cuánticos u ondulatorios, como muchos pretenden; forma parte de otro ámbito, lo cual tiene que ver con lo que decíamos en otro lugar en relación al cerebro espiritual. Y precisamente sobre el cerebro y su imposible identificación con nuestro yo trata la segunda obra que Gabriel ha publicado en España (3).

A los «críticos vulgares de la religión», que se empeñan en trazar una línea entre lo racional o científico y lo irracional o religioso Gabriel les dice que «la concepción científica del mundo es solo una religión entre otras, otro intento de atribuir sentido a toda la historia» (un sentido, por cierto, donde no aparece el hombre, si no solo su dimensión material abstracta). Les viene a decir que la concepción científica es otra especie de religión, por eso precisamente aparece en competencia con la propia religión. Gabriel se opone a los principios universales. La religión no es una defensa de lo irracional, no tiene que ver con ir contra la ciencia o creer cosas absurdas. La religión tiene que ver con la relación del hombre con lo infinito. La religión se orienta hacia un principio universal, un principio absoluto, tenga el nombre que tenga, y para Gabriel esto es un problema: «el verdadero problema es la adoración de un principio supuestamente universal, sea cuál sea este». Para Gabriel no existen tales principios, de la misma forma que no existe el mundo, y precisamente Dios se sitúa como «la idea de que la totalidad tiene sentido, a pesar de que está más allá de nuestra comprensión».

Probablemente ni unos ni otros quedarán contentos con las conclusiones de Gabriel, pero precisamente por eso, su crítica a la visión científica del mundo, hoy predominante, y a los críticos vulgares de la religión, cobra más sentido, pues no la hace desde una confesión religiosa. Por otra parte, hemos de decir, en esta especie de pugna artificial, que las actitudes son desiguales. La visión científica es, contra lo que puede parecer, mucho más absolutista, y rechaza, por supersticiosa y otros calificativos, la visión religiosa que, como estamos viendo, entiende mal. La visión religiosa, por su parte, y atendiendo a que no se basa en creencias irracionales, sino en la relación con lo infinito, sí que tiene una actitud, hoy y no siempre y en todos los ámbitos, más abierta a la integración. En cualquier caso, lo importante es, tal vez, tomar conciencia de ambos hechos, y situarlos en su justo término, a fin de iniciar un diálogo más abierto.

Hay un punto que se cita varias veces en la obra y es la idea de que «es falso que todo esté interconectado». Si el mundo no existe, no puede haber un principio ordenador único de ese mundo, sea Dios o como se quiera llamar. Tampoco, y en esto no entra Gabriel, un origen, se le llame Big Bang o de otra forma. Si existe un origen, entonces hay una conexión de todo con ese origen. Y aquí queda una puerta abierta en la que a nuestro juicio Gabriel no ha entrado, pues no cita esta conexión

originaria. Sea como fuere, compartamos o no las ideas de Gabriel, nos parezcan más o menos sugestivas, lo cierto es que terminan creando sensaciones ambivalentes. Por un lado se admira su claridad y fuerza expositiva, lo atinado de sus análisis sobre situaciones concretas y las posibilidades que abre para un nuevo diálogo; pero, por otro lado, nos deja fríos, pues, de alguna manera, es constitutiva del hombre esa sed de infinito, de unidad y de totalidad, de modo que quedará siempre un pero en nuestro interior, ante afirmaciones que frustren esta vía.

. . .

Vayamos, para concluir, con la paradoja de Russel. Nos llama poderosamente la atención que Gabriel no la cite, pues a nuestro juicio está fuertemente relacionada con la idea de que el mundo no existe. La paradoja tiene que ver con los conjuntos que son miembros de sí mismos. Hay muchos conjuntos que son miembros de sí mismos, por ejemplo, el conjunto de todas las cosas que no son azules no es azul, por tanto es un miembro de sí mismo. En cambio, el conjunto de todos mis libros no es un libro, por tanto no es miembro de sí mismo. Ahora bien, supongamos un conjunto formado por todos los conjuntos que no son miembros de sí mismos. Este fue el conjunto que introdujo Russell y que destapó la paradoja. Si este conjunto pertenece a mi mismo, entonces tiene la cualidad de no pertenecer a sí mismo. Y a la inversa. Para revolver la paradoja se tuvo que establecer por principio, que un conjunto no puede pertenecer a sí mismo, si esto fuera así no sería un conjunto. Una solución poco bella, según Russell, pero necesaria para evitar la paradoja.

Gabriel cita la idea de Heidegger de que el mundo es «el ámbito de todos los ámbitos». Gabriel adapta la idea según su concepto de campo de sentido, diciendo que «el mundo es el campo de sentido donde aparecen todos los campos de sentido». El campo de sentido es el lugar donde aparece algo, sea lo que sea; puede ser una idea, un hecho, un objeto, etc. Todo aparece en un campo de sentido. Y, por tanto, la existencia es la aparición en un campo de sentido.

Dicho lo anterior, para que el mundo exista, debería aparecer en un campo de sentido. Pero si el mundo aparece en un campo de sentido, entonces ese campo de sentido en el que aparece el mundo debería pertenecer al mundo, y así sucesivamente. El mundo no puede

aparecer en un campo de sentido y, por tanto, no existe. Estamos en la misma situación que pone en evidencia la paradoja de Russell. Un conjunto no puede ser miembro de sí mismo. En este caso, además, tratamos con un conjunto muy peculiar: el conjunto que todos los conjuntos posibles. Este conjunto no sería un conjunto, porque no puede pertenecer a sí mismo.

. . .

(Como diría Heidegger: el mundo no puede ser objeto de una representación).

Notas

(1) Marcus Gabriel. *Por qué el mundo no existe*. Ed. Pasado y Presente. 2015.

(2) Hans-Georg Gadamer. *Verdad y método*. Ed. Sígueme. 1977, 1994.

(3) Nos referimos a *Yo no soy mi cerebro*. Publicada también por Ed. Pasado y Presente.

MARKUS
GABRIEL
POR QUÉ EL MUNDO
NO EXISTE



PASADO & PRESENTE

